

El arte retórico en disputa

Eduardo García Elizondo (UNR)*
ORCID 0009-0007-8813-1468

Resumen: El propósito de este trabajo reside en exponer usos contemporáneos del arte retórico. Para esta tarea, nos detendremos en dos casos particulares que ponen en tensión diferentes concepciones en torno al arte retórico en la filosofía y en la crítica contemporáneas, a saber: la interpretación hermenéutica de Paul Ricoeur y la idea de texto de Roland Barthes –vinculada con los dominios de la lectura, la escritura y el discurso de la crítica–. Concluiremos que, en la concepción de Barthes, se produce un uso consecuente del arte retórico, reconocible tanto en su interpretación historiográfica como en la del estatuto del texto de la crítica.

Palabras-clave: arte retórico – lectura – texto – crítica – hermenéutica

Abstract: This paper proposes to analyze contemporary uses of rhetorical art. Based on this, we will focus on two particular cases that put in tension different conceptions of rhetorical art in contemporary philosophy and criticism, namely: Paul Ricoeur's hermeneutic interpretation and Roland Barthes' idea of text –linked to reading, writing and critical discourse–. We will arrive at the following final considerations: that in Barthes' conception there is a radical use of rhetorical art, recognizable both in his historiographical interpretation and in that of the status of the critical text.

Keywords: rhetorical art – reading – text – criticism – hermeneutics

Resumo: O objetivo deste artigo é expor os usos contemporâneos da arte retórica. Para isso, vamos nos concentrar em dois casos específicos que colocam em tensão diferentes concepções de arte retórica na filosofia e na crítica contemporâneas, a saber: a interpretação hermenéutica de Paul Ricoeur e a ideia de texto de Roland Barthes – ligada aos domínios da leitura, da escrita e do discurso crítico. Concluiremos que, na concepção de Barthes, há um uso consistente da arte retórica, reconhecível tanto em sua interpretação historiográfica quanto na do status do texto da crítica.

Palavras-chave: arte retórica – leitura – texto – crítica – hermenéutica

Recebido em: 01 jun. 2024

| Aprovado em: 10 jun. 2024

* Eduardo García Elizondo es Doctor en Humanidades y Artes con Mención Filosofía, Licenciado y Profesor en Filosofía por la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario (UNR). Se desempeña como co-director del Centro de Estudios de Psicoanálisis, Retórica y Filosofía de la Facultad de Psicología de la UNR y director del Centro de Estudios de Filosofía y Psicoanálisis de la Facultad de Humanidades y Artes de la misma universidad, en la que también es docente de Teoría de la lectura y dirige el Programa Académico “La reinención del arte y su crítica. Porvenir de la retórica en la estética y en la filosofía contemporánea”. Correo electrónico: eduelizondo@gmail.com.

La reinención del arte retórico

La imposibilidad de una reconstrucción historiográfica *aséptica* en torno al origen del arte retórico no sólo remite a la ausencia sintomática de la retórica en la actualidad de la enseñanza y de la configuración epistémica del discurso filosófico, sino, de manera decisiva, resulta inseparable de su porvenir y tarea en la filosofía contemporánea, la semiótica y la crítica. La extrañeza y vicisitudes que despierta el arte retórico en el estado de cosas actual de las humanidades, las ciencias sociales y las artes constatan la conjetura de escritores, filósofos y críticos contemporáneos que citan o ponen en uso la tradición retórica como un saber en ruinas. Esta evocación fatídica para las taxonomías de las disciplinas y campos de la investigación que consagran al lenguaje como un objeto de estudio o tópico epistémico fue celebrada por Roland Barthes en las notas finales de su ayudamemoria sobre dicho saber en ruinas. Las notas finales de sus apuntes, escritas después de un profuso hilván de significantes equívocos que ninguna teoría semiológica o filosofía del lenguaje puede neutralizar, culminan marcando la implicación entre la condición histórica del arte retórico y la instancia del uso (Barthes, 1982, p.80), dada en función de su reinención contemporánea y de su porvenir –siempre en disputa, alimentado por el movimiento disruptivo de la escena originaria con la que comienza su texto: el *antílogo* retórico, profesado en tanto semiosis salvaje u objeto imposible de tematizar que destituye cualquier ideal aséptico por medio del cual intente cimentarse la teoría–.

Después de la crítica nietzscheana al estatuto de los ideales filosóficos y las diversas formas en las que las tradiciones filosóficas han proclamado el “egipticismo” de los conceptos (Nietzsche, 2007, p. 24), llevada a cabo mediante una reinención contemporánea de la retórica, el arte retórico retorna en la escena intelectual francesa de los años sesenta y setenta en vista de pensar los fundamentos de la filosofía, las artes y la crítica. Este retorno se dirime de modo singular según la esfera del uso y las formas de apropiación de una tradición indómita para las taxonomías del imaginario conceptual que sostienen los saberes. Dentro de este estado de la cuestión, encontramos dos casos emblemáticos por la radicalidad de sus apuestas, heterogéneas entre sí. Mientras en obras como *La metáfora viva* y *El conflicto de las interpretaciones* Paul Ricoeur busca direccionar el arte retórico hacia la reconfiguración de una exégesis secularizada –inscrita bajo el signo de una hermenéutica contemporánea fundada en una *ontología del sentido*–, en los ensayos barthesianos las categorías límite de *texto*, *escritura* y *lectura* se perfilan mediante operaciones semióticas en las cuales el arte retórico se presenta como contracara del reverso hermenéutico. A partir de estas tensiones, en este trabajo abordaremos la confrontación entre estos dos casos particulares, en los que el uso del arte retórico produce consecuencias inconciliables para pensar el estatuto del texto, el discurso de la crítica y la lectura. Para dicha tarea, expondremos cómo, en cada caso, el uso del arte retórico responde a filiaciones y disquisiciones efectuadas por tradiciones no homogeneizables que producen interpretaciones antinómicas de la retórica y sus artes contemporáneas, tales como la escritura, la lectura, las escansiones historiográficas y los operadores de delimitación que atraviesan los artefactos artísticos y los saberes.

La interpretación hermenéutica y el arte retórico

El estudio minucioso que Paul Ricoeur hace sobre la historia del arte retórico y sus derivas en nuestra contemporaneidad se orientan hacia una peculiar apropiación de la retórica de procedencia aristotélica transpuesta en el campo de la tradición hermenéutica, al mismo tiempo que ésta resulta vinculada, expresa y enfáticamente por el filósofo, con el modelo de interpretación de la exégesis bíblica. Su uso particular de categorías límite como las de *metáfora*, *símbolo*, *lectura* y *escritura* recrean taxonomías y operadores de delimitación

procedentes de la retórica sistematizada por el discurso filosófico en el dominio de una ontologización del texto y de categorías en las que el primado del sentido cumple una función rectora (pensamos en categorías, altamente controvertidas para una retórica contemporánea consecuente, como las de *obra, expresión, vida de las obras, interpretación*, entre otras).

En torno a este uso del arte retórico nos interesa subrayar algunas cuestiones. Una de ellas concierne a considerar que cuando hablamos de una retórica contemporánea consecuente nos remitimos al hecho de pensar el arte retórico en contraste con el descrédito que Ramón Alcalde señala respecto de la retórica por parte del discurso filosófico. Para Alcalde, el descrédito de la retórica “se debió, precisamente, a que sus enemigos lograron presentarla como repertorio de formas preconstituidas y de reglas para su montaje servil” (1993, p. 91). Esta cuestión es indicada tanto en la reconstrucción historiográfico-hermenéutica de *La metáfora viva* –en la que se destaca que las reglas de las artes se ubican en calidad de “un sistema de pruebas de segunda clase” (1977, p. 20)– como en las investigaciones retóricas de Barthes –en las cuales el primado logicista del *lógos* filosófico sistemático en cuanto *lógos apophantikós* será puesto en cuestión de modo radical–.

Otra cuestión reside en el hecho de que la tradición hermenéutica constituye un vínculo solidario entre los analizadores retóricos *metáfora, símbolo, texto, interpretación, escritura*, en función de la salvaguarda de la precedencia ontológica del sentido. Tanto la reinterpretación ricoeuriana del esquematismo de lo metafórico aristotélico como su concepción del símbolo concebido en clave exegético-hermenéutica comprenden el problema de la significación sobre la base de esquematismos semióticos de doble sentido, en los cuales lo semejante o la mismidad (*homoíós*) delimitada en términos lógico-retóricos aristotélicos ocupa una relevancia directriz.

En el caso de la lectura metafórica de procedencia aristotélica, el carácter heterogéneo de los términos está supeditado al primado de la identidad de modo similar a como lo extraño en la tradición hermenéutica circula subordinado a la mismidad o la familiaridad del sentido, ante la extranjería constitutiva que divide los textos. Recordemos que la estructura del “como” adverbial –del *homoíós*– de lo “semejante” funciona en la *Poética* mediante la siguiente operación analógico-proporcional:

el caso en que el segundo [término] se relaciona con el primero como el cuarto al tercero [τὸ δὲ ἀνάλογον λέγω, ὅταν ὁμοίως ἔχη τὸ δεύτερον πρὸς τὸ πρῶτον καὶ τὸ τέταρτον πρὸς τὸ τρίτον]; pues [el poeta] dirá, en lugar de segundo, el cuarto y, en lugar del cuarto, el segundo; a veces [los poetas] agregan aquello con que se relaciona el [término] reemplazado. Quiero decir, por ejemplo, que la copa se relaciona con Dionisio tal como el escudo se relaciona con Ares; [el poeta] llamará entonces a la copa ‘escudo de Dionisio’ y al escudo ‘copa de Ares’. O bien: la vejez se relaciona con la vida tal como el atardecer con el día; [el poeta] llamará entonces al atardecer ‘vejez del día’, o, como lo hace Empédocles, a la vejez, ‘atardecer de la vida’, o ‘el ocaso de la vida’ (Aristóteles, 1974 y 2006, 1457b15-25).

En la interpretación metafórica clasicista las ambigüedades quedan desplazadas, en la medida en que la heterogeneidad de los nombres y las semejanzas persisten *a priori* dentro de una estructura transparente situada en el plano de la esfera del sentido. Si bien las metáforas se construyen a partir de la disociación de los nombres, el lector / oyente ideal “lee” / “escucha” dichas secuencias lingüísticas casi como razonamientos lógicos. Se superan así las tensiones sémicas y polifónicas de una interpretación metafórico-equívoca que podría socavar la unicidad de sentido, cada elemento que resulte extranjero o extraño en la articulación sintagmática del enunciado y su relación metafórica queda prestidigitado

por los principio de identidad, de no contradicción y tercero excluido, bajo los cuales “hacer bien transferencias [de nombres] es percibir lo semejante [τὸ γὰρ εἶ μεταφέρειν τὸ τὸ ὁμοιον θεωρεῖν ἐστίν]” (Aristóteles, 1974 y 2006, 1459a7-8).

En el primado tropológico de lo analógico-proporcional, las formas equívocas del texto –lo que Barthes demarca como campo del significante (cf. 2009, p. 89): el extravío del sentido, el placer del texto, el carácter descentrado del texto, la idea paradójica de estructura, la imposibilidad de constituir una doctrina de la lectura, la lectura enmarcada en la inseparabilidad con su objeto de deseo inscripto en tanto suplemento de la perversión, etc.)– quedan por fuera del campo hermenéutico. Pues producir metáforas implica articular principios lógicos que anticipan la visualización de lo semejante y garantizan su modo de presentificación mediante un *a priori* semiótico que supone la instancia del sentido y el código lingüístico como consistentes o iguales a sí mismos.

La forma hermenéutica del símbolo recrudece en algunos aspectos estos criterios. En lo que respecta al símbolo y su lectura, la interpretación aparece identificada con la comprensión, entendida como la recuperación de un sentido verdadero, último, *cuasi* real –y por eso ontologizado– del texto originario. En *El conflicto de las interpretaciones*, Ricoeur habla de una “ontología de la comprensión” (2003, p. 11), la cual, en transferencia con Heidegger, reconoce la dimensión del comprender “no ya como un modo de conocimiento, sino como un modo de ser” vinculado al ser finito y a la existencia (2003, p. 11). En esa dirección, la interpretación hermenéutica indica en el símbolo, como también en la metáfora, un excedente en el momento de la significación. Y se llama símbolo “*a toda estructura de significación donde un sentido directo, primario, y literal designa por añadidura otro sentido indirecto, secundario, figurado, que sólo puede ser aprehendido a través del primero*”. Esta circunscripción de las expresiones de doble sentido constituye propiamente el campo hermenéutico” (Ricoeur, 2003, p. 17).

Con este encuadre, la operación semiótica de la tradición hermenéutica delimita el problema de la significación en su dimensión semántica y mediante la figura de la interpretación concebida como comprensión de “expresiones de doble sentido”. La forma que adquiere el excedente, en su versión sémica, funciona como un *plus* de goce en el dominio de la interpretación. Dicho de otro modo: la interpretación se constituye bajo un incremento dado en una esfera inmanente (la esfera del sentido), sin ningún rasgo semiótico exógeno o heterogéneo al plano de la pertinencia semántica que produzca en él un corte o un extrañamiento. En torno a ello, Ricoeur afirma lo siguiente:

el concepto de interpretación también recibe una acepción determinada; propongo darle la misma extensión que al símbolo; decimos que *la interpretación es el trabajo del pensamiento que consiste en descifrar el sentido oculto en el sentido aparente, en desplegar los niveles de significación implicados en la significación literal*; conservo así la referencia inicial a la exégesis (2003, p. 17).

El concepto de interpretación hermenéutico concebido en cuanto figura del goce encierra los operadores retóricos de la lectura (el vínculo equívoco entre las reglas semióticas y un texto, la no identificación entre autor, lector y obra, la diferenciación entre obra y texto, la división del discurso en las figuras del escritor y el escribiente, la dialéctica entre *phoné* y *gramma*, la erótica de la lectura, entre otros índices de análisis de la retórica barthesiana) en una maquinaria textual en la que el sentido oficia bajo la forma de una iteración desdoblada, sin corte ni pérdida, que trabaja y se consume mediante un círculo ontológico-hermenéutico o una semántica sobredeterminada por el principio de identidad.

El uso hermenéutico de los analizadores retóricos sitúa la lectura como un movimiento semiótico que funciona por la vía de una identificación sin resto, en la que la interpretación aparece como subsidiaria del concepto monumental de obra. Al respecto, en

Teoría de la interpretación se señala que la lectura “es el *pharmakon*, el ‘remedio’ por el cual el sentido del texto es ‘rescado’ de la separación del distanciamiento y colocado en una nueva proximidad, proximidad que suprime y preserva la distancia cultural e incluye la otredad dentro de lo propio” (Ricoeur, 2006, p. 68). Y a continuación, para pensar el devenir histórico y la contemporaneidad de la filosofía y las ciencias humanas, el filósofo reafirma de manera enfática que esta problemática general “está firmemente enraizada tanto en la historia del pensamiento como en nuestra situación ontológica” (2006, p. 68).

En este contexto de análisis, la tradición hermenéutica procura una ontologización del texto al enmarcarlo mediante los modos de ser del sentido. Ricoeur encuentra en la ontologización del texto, pensado bajo el primado del sentido, una garantía teórica para desentenderse de los aspectos que imposibilitan que el texto devenga una sustancia inteligible o una trama unificada. En la escena de la interpretación hermenéutica, el *télos* semántico es posible en la medida en que el sentido, aun cuando opere de forma no unívoca, no deja de tener un estatuto *a priori* ante la experiencia lectora y la distancia inequívoca entre el texto y su lector. A propósito de ello, en el pasaje citado, Ricoeur insiste en la máxima hermenéutica de que *interpretar* –más precisamente, *apropiar*– un texto, que se le presenta al lector como extranjero, consiste en el pasaje semiótico de hacer propio lo que al lector le resultaba extraño. Esta operación es posible dentro del imaginario conceptual hermenéutico a partir del lugar primordial que ocupa la esfera del sentido en la instancia de la lectura. En ese aspecto, la hermenéutica contemporánea conduce a un punto clímax lo que en *Simbolismo e interpretación* Todorov reconoce como principio general de la interpretación exegética, conforme al cual “es necesario que algo, en el texto o fuera de él, indique que el sentido inmediato es insuficiente, que debe ser considerado tan sólo como el punto de partida de una encuesta que desembocará en un sentido segundo” (1992, p. 108). También nos remite a lo que en “¿Qué es un autor?” Foucault caracterizó como “principio religioso del sentido oculto” (1984, p. 92), en referencia al estatuto de la interpretación hermenéutica pensada en tensión con la entronización del significante llevada a cabo por el discurso psicoanalítico, las lecturas retóricas contemporáneas de la filosofía y de la crítica francesas en filiación con Nietzsche y la retórica salvaje (como encontraremos en las categorías límite de *texto*, *escritura* y *lectura* en Barthes).

Lo literario y el texto de la crítica

Desde un análisis retórico-crítico, así como la literatura se resiste a ser concebida en cuanto dominio autónomo en contraste con otras formas de simbolización discursiva y/o artística, los textos de Barthes y sus redes discursivas no son identificables con formas compartimentables por las taxonomías del discurso filosófico sistemático o por la separación disciplinar efectuada dentro del campo epistémico de las ciencias humanas. Sus textos no dejan de instituirse en la zona límite o el dominio salvaje y beligerante de los discursos que Alcalde nombró “lo literario” (1993, p. 81): ámbito umbral, nunca homologable a la literatura comprendida en cuanto objeto aséptico de la crítica de arte sistematizada en cuanto metalenguaje, doctrina estética, forma de goce edificante o territorio epistémico restringido al conocimiento de las artes.

La categoría límite de “lo literario”, en un contexto de análisis y producción semiótico-estético, emplaza el discurso de la crítica en un *más acá* retórico, en el que se exponen de modo inseparable el par forma / contenido. Al respecto, Alcalde nos señala lo siguiente:

La escasa repercusión de este replanteo de la retórica *entre nosotros* puede deberse quizás al sesgo *contenidista* de los críticos de orientación *socioliteraria* y al *idealismo* o *formalismo logicista* de la versión local del *estructuralismo de inspiración lingüística*. Para ambas orientaciones

aparentemente opuestas la *especificidad de la expresión literaria individual* (de un autor de una obra) queda en segundo plano y la búsqueda de la *significatividad* se centra, a lo sumo, en lo *semántico*. El “contenido de la forma”, lo literario, sucumbe ante la forma del contenido (1993, p. 81).

Mediante esta crítica dialéctica a la oposición absoluta y binaria respecto de los primados unilaterales del par forma / contenido en la interpretación estética del discurso de la crítica –desentendido de la tradición retórica–, “lo literario” –o el “contenido de la forma”– se erige como un ámbito de lectura y de *praxis* escrituraria desde las cuales resulta posible filiar el texto de la crítica con el nudo problemático crucial para el arte retórico. Éste concierne a la indisolubilidad entre el *cómo* y el *qué* de la enunciación. Ramón Alcalde, implicado en la tradición retórica, habla de “lo literario” en función de marcar la inseparabilidad entre *inventio* y *elocutio*, que el arte retórico incorporó como fundamento, reconociendo en el “contenido de la forma” de cada determinación simbólica un vínculo inextricable del par forma / contenido. Este vínculo es concebido más allá de todo binarismo exterior de las representaciones hipostasiadas de la Verdad, entendida como clímax teórico del concepto o en cuanto develación de una significación de tipo a-retórica (ligada a la precedencia del sentido en tanto *a priori* hermenéutico). En contraposición con estos modos de inteligir el estatuto de la Verdad, imperantes en el discurso filosófico-sistemático, en el sociologismo de procedencia decimonónico-documental o en la comprensión exegético-doctrinal, lo literario escandaliza las valorizaciones epistémicas por medio de las cuales el arte retórico ha sido clasificado conforme a los ideales teóricos pertenecientes al dominio del saber. Pues, bajo el rodeo de lo literario, los discursos filosóficos, los casos estéticos y la *praxis* escrituraria de la crítica habilitan en el ámbito de la interpretación una verdad de procedencia *extramoral*, sobredeterminada por una retórica de la lectura y expuesta en su carnadura textual equívoca.

La semiosis límite de “lo literario” o del “contenido de la forma” de cada *performance* artística causa un movimiento antihermenéutico en la instancia lecto-escrituraria en la que se forja el texto del discurso de la crítica. Según una máxima de Nicolás Rosa –restringida a la crítica literaria en particular, pero adscribible al análisis de cada forma o acontecimiento artístico–, la función del discurso de la crítica reside en “leer lo negado por la literatura misma”, por la literatura en tanto “censura” (2004, p. 13), institución u objeto epistémico que, en su caracterización y *dispositio* científica, doctrinal o sistemática, resulta afín con lo que Alcalde presentó como una retórica ingenua, interpretada tras el sesgo de sus detractores. En ella, lo reglado de los géneros en el campo de las artes o de los discursos se mide mediante una concepción aséptica y canónica, en la cual la retórica es valorada “como repertorio de formas preconstituidas y de reglas para su montaje servil” (Alcalde, 1993, p. 91). En contraste con esta interpretación, heredada del *lógos* filosófico (sistemático) en cuanto *lógos apophantikós* y de las configuraciones epistemológicas de la Modernidad, lo literario, en su condición de una lectura retórica consecuente, actúa mediante un estado de excepción respecto de la lógica normativa de las institución arte y de su modelo teórico de autocomprensión epistémica, y se acerca a las ideas no hipostasiadas de *texto* o de *artefacto artístico*.

Lo literario emancipa el artefacto artístico y el discurso de la crítica de la literatura concebida como objeto *a priori* del sistema de las artes, de la hermeneusis del sentido y de las taxonomías epistémicas de las humanidades y de las ciencias sociales. De modo emparentable a cómo Alcalde interrumpe la estetización epistémica de “lo literario”, al no identificarlo con el campo autónomo de la literatura, Rosa habla del objeto literatura como un “objeto-no objeto” (2004, p. 12). Desde esta posición discursiva, el par lectura-escritura de la interpretación crítica nunca puede ser subsumido a un ideal teórico o saber sistemático. Por el contrario, en cuanto “objeto-no objeto”, cada caso artístico se perfila como una “trama lábil de múltiples relaciones textuales”, en la cual, dicho “objeto-no objeto [...] –inestable,

indecible, sólo observable por sus efectos, radicalmente heterogéneo— genera el sujeto de un saber excéntrico y ubicuo, taxativamente sujeto en perpetuo desvanecimiento y *fading*” (Rosa, 2004, p. 12). El carácter objetual del texto *leído*, no totalizable, imposibilita identificar la *praxis* del discurso de la crítica con una mera reproducción discursiva del objeto interpretado, destituyendo toda ilusión isomórfica entre ambos dominios semióticos. El texto leído, así performado, nunca funciona como reproducción tautológica de la obra comprendida en cuanto unidad originaria de sentido o constructo poético reducible a formulaciones lógico-semióticas.

El carácter objetual del texto, en su estatuto de no-objeto, impone un doble barramiento: niega tanto la posibilidad ilusoria de hacer del texto un objeto cognoscible como su supuesta condición de mero producto dominable por la falsa soberanía del sujeto creador o por el libre arbitrio del intérprete. Asimismo, en la marcación de la ambigüedad constitutiva de la cosa literaria en su condición de “*objeto-no objeto*”, se entrelaza una concepción retórica de la crítica con el discurso psicoanalítico, también a su modo trazada por Barthes (2004) —recordemos que Rosa opera como lector y traductor de *Le plaisir du texte* en nuestra lengua—, en la que así como el sujeto del psicoanálisis “excentriza la relación entre el ser y el pensar: allí donde yo soy no puedo pensar (en ello), y allí donde yo pienso no puedo ser” (Rosa, 2004, p. 13), el lector y/o escribiente, próximo a esa imagen, está “siempre en busca de una verdad (textual) que no alcanza, siempre en constante cuestionamiento de lo simbólico del texto y siempre dividido y en continua lucha contra su propio imaginario y la cercanía de lo real que no deja de inquietarlo” (2004, p. 13).

Escritura y sobresalto semiótico forjan lo no objetivable de cada texto leído e inscripto en el discurso de la crítica. La negatividad del objeto (inseparable y constitutiva del objeto artístico singular), lejos de enfatizar un discurso abstracto por parte de la crítica (es decir, en este caso, desimplicado de la cosa literaria), marca la imposibilidad de familiarizar el objeto estético con el artefacto retórico que lo lee, más allá de la *intentio* de una objetividad semiótica aséptica. El texto de la crítica, en resonancia con lo literario, profesa la apuesta de no identificar la interpretación estética con una forma instrumental de metalenguaje, tal como es la concepción metafísico-moral del discurso isomórfico en torno a la verdad literaria (verdad comprendida como develamiento simbólico de la unidad hermenéutica de la obra), contra la cual se alzan la idea de texto barthesiana y su *praxis* discursiva.

La pluralidad estereográfica del texto

En el modo en que Barthes se apropia, hace uso, reescribe y lee la tradición retórica, la interpretación opera como dispositivo escriturario-textual que produce una reinención del estatuto del texto concebido en contraposición con la retórica sistematizada y la autocomprensión hermenéutica. Pues Barthes construye un origen-ficción del arte retórico indicando la emergencia y potencia que las prácticas retóricas habilitan para el ámbito de la lectura, emplazada como reverso del discurso filosófico sistemático y del relictio decimonónico-documentalista del que no se ha deslindado la tradición hermenéutica (mostrándonos, incluso en la ciencia filológica, la persistencia de elementos exegéticos secularizados, como en la categoría de *documento*, ligada al imaginario conceptual de las ciencias humanas). Esta categoría, expuesta por Foucault en su *Arqueología del saber*, no escapa al gesto cultural que supone atribuirle al texto un valor de verdad. Barthes insiste en no devenir el texto de la crítica un subproducto de los preceptos del decimonismo socioliterario, en el cual encuentra una regresión en la que se imbrican la interpretación epistémica del texto como objeto de la ciencia filológica y la interpretación exegético-hermenéutica del texto como “objeto sagrado” (Barthes, 2009, p. 67). En el final de su escrito *Investigaciones retóricas II. La antigua retórica. Ayudamemoria*, indica lo siguiente:

la comprobación, bastante turbadora dentro de su brevedad, de que nuestra literatura, formada por la retórica y sublimada por el humanismo, surgió de una práctica político judicial [...]: allí donde los conflictos más brutales de dinero, de propiedad, de clases, son tomados a cargo, contenidos, domesticados y sostenidos por un derecho de Estado, allí donde la institución reglamenta la palabra simulada y codifica todo recurso al signifiante, allí nace nuestra literatura. Es por esto que rebajar la Retórica al rango de un objeto plena y simplemente histórico, reivindicar, bajo el nombre de texto, de escritura, una nueva práctica del lenguaje y no separarse jamás de la ciencia revolucionaria, son uno y el mismo trabajo (Barthes, 1982, p.80).

En la historiografía de Barthes, la escena del *antílogos* en cuanto escena de origen del arte retórico resulta posible a partir de la afirmación de un antidecimonismo que no sólo está presente en los ámbitos de la crítica literaria y de la semiótica, sino también en interpretaciones de la filosofía contemporánea francesa. Tanto para Barthes como para Foucault (2005 y 2012), Cassin (2008 y 2022), entre otros, la elaboración de un estudio histórico del arte retórico implica interrumpir cualquier intento de neutralización de dicho arte y reducir su interpretación a una comprensión empática de su pasado. (Consideremos que el signifiante *Einfühlung*, empatía, ha integrado los ideales metodológicos del historicismo y de la hermenéutica, desde sus albores en el siglo XIX). Antes bien, los retóricos contemporáneos consecuentes llevan a cabo aquel trabajo de elaboración histórica de la tradición retórica de modo inseparable con una orientación casi programática de poner en entredicho la valoración que el imaginario filosófico produjo de dicha tradición, con una vocación de reinventar el legado del arte retórico en nuestra contemporaneidad frente a la eventual sistematización de sus analizadores y prácticas por parte de la hermenéutica y de las ciencias humanas.

Asimismo, en la escena antilogística citada, Barthes, al mismo momento que pone en entredicho la valorización filosófica del arte retórico, invierte el fundamento sistemático del *lógos* (comprendido en cuanto razón epistémica) y lo reorienta hacia su matriz semiótica naciente de las escenas equívocas de la *pólis*, en las que el *lógos* es performado como ficción discursiva y persuasiva. Esta idea, que resuena en textos eruditos clásicos como *Los orígenes del pensamiento griego* de Jean-Pierre Vernant, presupone que la escena primigenia del *lógos* como contienda y artefacto resulta imprescindible para pensar las condiciones de posibilidad de la emergencia del discurso filosófico. Aun cuando éste en sus orígenes no se identifique con las prácticas inherentes al arte retórico, no puede dejar de ser concebido a través del *pólemos* del *lógos* contra *lógos*, ensayado en los diversos géneros discursivos y emplazamientos performativos de la *pólis* (Alcalde, 1993). En efecto, la diferenciación que la filosofía clásica ejerce entre ella y la retórica no deja de tener una función constitutiva para su propia configuración. Al respecto, en las *Lecciones sobre la voluntad de saber* y en *El orden del discurso*, Foucault insiste que el saber filosófico y la voluntad de verdad, concebidos bajo la irrupción del discurso aristotélico, operan como “un sistema de coacción que se ejerce no sólo sobre los discursos, sino sobre toda una serie de prácticas” (2012, p. 18). Estas prácticas antilogísticas, que atraviesan ámbitos vitales de la ciudadanía –tales como el teatro y la vida política gobernada por el arte retórico–, retornarán como modelos para pensar la interpretación concebida en función de los analizadores retóricos que modulan al discurso en las escenas contemporáneas que trazan la semiótica, la crítica y la filosofía reiventadas en su fundamento no sistemático.

Las prácticas antilogísticas no cesarán de retornar como proto-imagen de prácticas retóricas contemporáneas (tales como la escritura y la lectura en tanto análisis y producción de textos). El ámbito del *ágora*, los pleitos, las *performances* artísticas ligadas al discurso

epidíctico, el carácter erístico del *lógos*, el *lógos* retórico como condición de posibilidad del discurso filosófico (hasta el extremo de horadar dentro de él la idea y el primado de la Verdad y reinscribir la interpretación mediante las sobredeterminaciones simbólicas de la persuasión y de la ficción)¹ operan en la proto-historia barthesiana del arte retórico como citas anacrónicas de lo que en “De la obra al texto” se nombra “espacio *social*” (2009, p. 95) del texto (no reducible a una sociología del texto), de lo que en “*Écrivains et écrivants*” se construye en la figura del escritor-escribiente y de lo que en las *Investigaciones retóricas* evoca como comienzo extemporáneo de la literatura mediante su lectura del discurso del género epidíctico.

La reinención barthesiana del lugar que la retórica ocupa en el discurso filosófico sistemático se orienta en contra de lo que en la concepción hermenéutica de la interpretación funciona como “moral crítica del recto sentido” (Barthes, 2009, p. 40) y se acerca a la idea radical de *texto*, concebida del modo siguiente:

Texto quiere decir *Tejido*, pero si hasta aquí se ha tomado este tejido como un producto, un velo detrás del cual se encuentra más o menos oculto el sentido (la verdad), nosotros acentuamos ahora la idea generativa de que el texto se hace, se trabaja a través de un entrelazado perpetuo; perdido en ese tejido –esa textura– el sujeto se deshace en él como una araña que se disuelve en las segregaciones constructivas de su tela. Si amásemos los neologismos podríamos definir la teoría del texto como una *bifología* (*bifos*: es el tejido y la tela de la araña) (Barthes, 2004, p. 104).

El texto, desde esa perspectiva, se emplaza como efecto retórico que pone en suspensión el intento de positivizar la escritura y la lectura como objetos transparentizables, supeditados a la semiosis de un sentido último, real y verdadero. El texto como tela de araña reconoce un punto irreductible de la práctica de la escritura y del acto de lectura –el nombrado por Barthes “*texto-lectura*” (2009, p. 40), que no deberíamos pensarlo como una forma textual codificada, un tipo de texto, sino como la emergencia imprevisible del acto de lectura en la escena retórica de la interpretación–, fundidos en la instancia de la producción discursiva. En ella, afirma Barthes, se derrumba la ilusión metalingüística de comprender el texto leído / escrito en cuanto objeto aislable y a su vez decodificable de modo aséptico mediante una operación semiótica segunda que lo restituiría en su textualidad verdadera o propiamente dicha (no olvidemos la alusión ricoeuriana del sentido como “rescate” del texto leído, interpretado en clave hermenéutica). Por el contrario, en tanto yuxtaposición no cuantificable de redes retóricas, tampoco desarticulables o neutralizables, atravesadas por un *no saber* que las divide, la escritura y la lectura, conforme al estatuto retórico del texto, instituyen la interpretación en su condición de *arte discursivo* (en calidad de *lógos*) que parasita el ideal de la precedencia ontológica del sentido correspondiente al primado hermenéutico. Pues, en la escena retórica de la interpretación, el lector “resulta atrapado en una inversión dialéctica, finalmente, ya no decodifica, sino que sobre-codifica; ya no descifra, sino que produce, amontona lenguajes, se deja atravesar por ellos infinita e incansablemente: él es esa travesía” (Barthes, 2009, p.57).

En cuanto “*pluralidad estereográfica*” (Barthes, 2009, p. 90) expuesta en su carácter de incompletitud –de tejido– sobre la superficie de la *escritura* –de “la *escritura* propiamente dicha, la que produce textos” (Barthes, 1983, p. 15)–, el texto irrumpe emplazado mediante

¹ En la primera conferencia de *La verdad y las formas jurídicas*, Michel Foucault reconoce en Nietzsche esta marcación que filia al discurso filosófico contemporáneo con el arte retórico. En lo que respecta a la separación entre retórica y filosofía, también tenemos presente como comienzo histórico-ficcional el construido por Barbara Cassin en *Jacques el sofista. Lacan, lógos y psicoanálisis*, el cual, en gran medida, parte del malentendido ya instaurado por Nietzsche entre filosofía y filología. Para Cassin (2013), la retórica funciona como un operador de delimitación en el que se funda el discurso filosófico para constituirse como tal.

un doble movimiento semiótico de la lectura, forjado por la invención (la dimensión del sentido como efecto irreductible de la experiencia lectora, no como precedencia) y el olvido (la pérdida de la unicidad del texto pensado en tanto obra o expresión dotada de un plexo semántico *a priori* de la experiencia lectora). Este estatuto del texto, que produce un tembladeral en los lugares prefigurados por la interpretación hermenéutica (nos referimos a los analizadores retóricos: *autor, escritura, lectura, obra*, entre otros), sitúa la condición de posibilidad de la interpretación estética del discurso de la crítica en el intervalo vacío que constituye la espacialidad de la escritura en una discontinuidad sintagmática de superposiciones semióticas exógenas.

A modo de consideración final, recordemos la marcación de Barthes acerca de la materialidad del significante: “el significante no debe imaginarse como «la primera parte del sentido», su vestíbulo material, sino muy al contrario, como su «después»” (2009, p. 89). La inversión de la retórica barthesiana respecto del uso del arte retórico efectuado por la tradición hermenéutica, al mismo tiempo que interrumpe la máxima moral que juzga al campo significativo de los textos en tanto mera “vestidura material” de un *continuum* sémico, reorienta la interpretación hacia la escena antilogística de los actos de lectura y la condición póstuma de cada escritura.

Referencias

- ALCALDE, R. Tres clases de retórica. **Conjetural**, Buenos Aires, n. 27, p. 81-97, 1993.
- ARISTÓTELES. **Poética**. Buenos Aires: Colihue, 2006.
- ARISTÓTELES. **Poética** (edición trilingüe a cargo de Valentín García Yebra). Madrid: Gredos, 1974.
- BARTHES, Roland. **La antigua retórica. Ayudamemoria. Comunicaciones. Investigaciones retóricas II**. Buenos Aires: Ediciones Buenos Aires, 1982.
- BARTHES, Roland. **El grano de la voz**. México D. F.: Siglo XXI Editores, 1983.
- BARTHES, Roland. **El placer del texto y Lección inaugural**. México D. F.: Siglo XXI Editores, 2004.
- BARTHES, Roland. **El susurro del lenguaje**. Barcelona: Paidós, 2009.
- CASSIN, Barbara. **El efecto sofisticado**. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2008.
- CASSIN, Barbara. **Jacques, el sofista**. Buenos Aires: Manantial, 2013.
- CASSIN, Barbara. **Cómo hacer de verdad cosas con palabras**. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2022.
- FOUCAULT, Michel. ¿Qué es un autor? **Conjetural**, Buenos Aires, n. 4, p. 87-111, 1984.
- FOUCAULT, Michel. **Arqueología del saber**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- FOUCAULT, Michel. **El orden del discurso**. Buenos Aires: Tusquets, 2005.
- FOUCAULT, Michel. **Lecciones sobre la voluntad de saber**. México D. F.: Fondo de Cultura Económica, 2012.
- FOUCAULT, Michel. **La verdad y las formas jurídicas**. Barcelona: Gedisa, 2017.
- NIETZSCHE, Friedrich. **Crepúsculo de los ídolos o Cómo se filosofa a martillazos**. Madrid: Alianza, 1980.
- ROSA, Nicolás. **El arte del olvido**. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2004.
- RICOEUR, Paul. **La metáfora viva**. Buenos Aires: Megápolis, 1977.
- RICOEUR, Paul. **El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003.
- RICOEUR, Paul. **Teoría de la interpretación. Discurso y excedente de sentido**. México D. F.: Siglo XXI Editores, 2006.
- TODOROV, Tzvetan. **Simbolismo e interpretación**. Caracas: Monte Ávila, 1992.
- VERNANT, Jean-Pierre. **Los orígenes del pensamiento griego**. Barcelona: Paidós, 1992.